



## Cambio Cultural y político. Su impacto en la UDI

Fruto de conversaciones con varios dirigentes del partido percibo dos visiones diferentes sobre lo que nos ocurrió, sus causas y, por lo tanto, lo que tenemos que hacer para recuperar la adhesión que tuvimos y así poder aspirar a ganar el gobierno nuevamente.

Hay un primer diagnóstico que llamaría el “**reformista**” que, en lo esencial, sostiene que nuestra sociedad ha cambiado y que tenemos que hacernos cargo de esos cambios, cambiando nosotros también.

¿Cuáles son los cambios que ha experimentado el país? primero, el surgimiento de una gran clase media mucho más exigente y que no resiste ciertas prácticas empresariales (los abusos); el rechazo de algunas expresiones de la desigualdad que son intolerables (la segregación educacional, por ejemplo); la demanda por un Estado más activo que nivele la cancha (Sernac); que experimenta cambios valóricos

### RESUMEN EJECUTIVO

El presente número de “Ideas & Propuestas” reproduce la intervención del abogado Gonzalo Cordero en el Consejo Directivo Ampliado de la UDI, llevado a cabo el 10 y 11 de enero del presente año. Su hipótesis es que las recientes elecciones presidencial y parlamentaria son la expresión de un grave retroceso cultural, político y electoral para la centroderecha y, en consecuencia, también para la UDI. No obstante, como ha quedado en evidencia una vez más en los últimos días, este partido sigue siendo el proyecto político más estable del sector.

tremendos (matrimonio igualitario); y que zanjó el tema de los DDHH en una dirección clara, a la que no podemos más que sumarnos (cómplices pasivos).

En consecuencia, nuestra sociedad se está moviendo rápidamente y si no somos capaces de advertir ese movimiento y desplazarnos nosotros también, terminaremos reducidos a la mínima expresión.

En general, veo que mis amigos que tienen este diagnóstico son los que me dicen que hay dos alternativas: quedarnos pegados en lo que defendimos en el pasado y asumir la vocación de partido testimonial o evolucionar para seguir siendo un partido con vocación de poder.

Encontré un matiz entre los que piensan que no debemos sobrevalorar lo que nos ocurrió, que si bien es cierto que perdimos un buen número de Diputados. Ello fue casi en todos los casos por un muy pequeño margen y que con unos pocos miles de votos bien distribuidos esta elección habría sido muy diferente.

En la presidencial el factor determinante es Bachelet que habría ganado igual si hubiera sido candidata de derecha o de un partido verde.

El otro diagnóstico que yo llamaría el “**libertario**”, apunta en una dirección bastante diferente, ya que ve la causa principal de nuestros problemas en el abandono que hemos hecho de nuestro ideario, fundamentalmente en el deterioro de nuestra convicción para defender las ideas de la libertad económica y para reivindicar que el país ha progresado más que nunca en su historia gracias a las políticas públicas que se sustentan en estas ideas.

Por el contrario, hemos tomado muchas de las banderas de la izquierda, lo que sólo ha contribuido a que el país valide esta opción con el consiguiente éxito de nuestros adversarios.

Ahora bien, mi impresión es que se puede hacer un análisis que incorpore más dimensiones para avanzar en definiciones que actualicen la capacidad que siempre mostró la UDI para ser un partido con un proyecto político sólido, pero con una sorprendente flexibilidad y pragmatismo.

En la política se da una competencia permanente que se expresa en tres dimensiones diferentes:

Primero está la electoral, que es la más obvia. En ella compiten los candidatos, personas con discursos concretos que plantean, de una forma u otra, propuestas de cambio y que nos cuentan sus historias de vida como un símbolo para dar credibilidad a su mensaje. Aquí están los programas, estructurados sobre la base de propuestas.

En esta dimensión ganar o perder es un dato objetivo, cuantitativo. Ganamos o perdemos el gobierno, tenemos más o menos Parlamentarios, más o menos Alcaldes.

Pero los candidatos y sus propuestas se implantan, como se implanta un árbol en la tierra, en un proyecto político. Así como la tierra nutre al árbol, el proyecto político nutre la dimensión electoral, dándole orientación, sentido, proyección en el tiempo, identidad y coherencia.

Aquí están el conjunto de definiciones y posiciones permanentes, donde grupos políticos presentan sus objetivos y los medios que consideran más adecuados para obtenerlos.

Implícita o explícitamente contienen o se estructuran sobre una visión de la persona y de la sociedad. Si ustedes miran nuestra página web, van a ver que hay una sección que se llama “somos UDI”, ahí está nuestra historia, doctrina y principios, y una reseña sobre Jaime Guzmán.

Obviamente los proyectos políticos también compiten entre sí, pero esta competencia no es esporádica, como la electoral, sino que es permanente e indefinida en el tiempo. El resultado de esta competencia no es tan claramente cuantitativo, ya que los proyectos políticos pueden ir teniendo mayor o menor fortaleza no sólo en función de los resultados electorales de los partidos que los representan, sino también en función de la capacidad de sus líderes, de la credibilidad y respetabilidad que van construyendo, de las alianzas que integran, y de la unidad y coherencia que son capaces de lograr y transmitir.

Algunos dirigentes de la Democracia Cristiana no pierden oportunidad de recordarle al país el número de Senadores, de Diputados y de votos que obtuvo su partido, a pesar de lo cual no logran contrarrestar la percepción de que la colectividad es un proyecto político en grave decadencia.

En esta dimensión de los proyectos políticos lo esencial son los principios en función de los cuales se determinan los fines y los medios en el gobierno de la sociedad.

Por último, está el tercer ámbito, aquel en que la batalla es más sutil, mucho más amplia y los ciclos son, aún en nuestro cambiante mundo contemporáneo, mucho más largos que los ciclos electorales.

Es lo que para estos efectos yo llamo el medioambiente cultural y que fundamentalmente se asocia con los criterios predominantes en virtud de los cuales una sociedad asigna, con pretensión de justicia, al decir de Michael Sandel, “ingresos y patrimonios, deberes y derechos, poderes y oportunidades, oficios y honores”.

Esto es especialmente importante en las sociedades que superan los medios para responder a las demandas necesarias para la mera subsistencia y en que las personas, gracias a su mayor riqueza, educación, acceso a la información, logran el conocimiento para representarse y el poder para demandar ciertos derechos y con ellos, implícitamente, algún cierto ideal de justicia.

Obviamente todo esto es muy abstracto y yo tengo muy claro que a ninguno de ustedes nadie le ha preguntado nunca en un casa a casa por su idea de lo justo; pero también es bastante obvio que en la sociedad existen ciertos criterios de justicia que predominan en la gente e, implícitamente, gobiernan y son la vara con la que se mide la legitimidad de los proyectos políticos y la viabilidad electoral de los mismos.

Todos quieren, o al menos todos declaran que quieren, una sociedad más justa, pero la madre de todas las batallas en la política consiste en hacer prevalecer mis criterios sobre aquello que determina lo justo, por sobre los criterios de mis adversarios, que intentan imponer los suyos.

Por eso la política, en el fondo, es la gran discusión sobre la justicia.

Aprovecho de hacer un comentario al margen: “Nuestro sector ha tenido una influencia tan determinante y beneficiosa de nuestros economistas, es que nuestro discurso político ha ido adquiriendo un sesgo hacia el criterio utilitarista para legitimar lo justo, que es propio de la economía, y hemos descuidado, al menos desde que dejamos de contar con el aporte invaluable de Jaime, de otros como el del mérito o la virtud”.

En las sociedades occidentales han sobrevivido y conviven hasta hoy con plena vigencia dos grandes visiones de lo justo. Partiremos con aquellas que a grandes rasgos sostienen y defienden nuestros adversarios:

Ellos piensan que el resultado de una sociedad libre es necesariamente injusto, pues en ella siempre hay personas con mayor poder, riqueza e influencia, que logran sacar ventaja de los más débiles. Por lo tanto se requiere un gran árbitro que ejerza un poder compensador de las diferencias y que evite el abuso del poderoso respecto del débil. Ese gran árbitro es, desde luego, el Estado.

Pero el núcleo del pensamiento de izquierda va más allá, porque aún si este árbitro fuera capaz de emparejar la cancha, de todas maneras el resultado no será justo, porque habrá personas más capaces, más hábiles, que sacarán ventaja.

La injusticia está en que talentos como la inteligencia, la educación y enseñanzas que transmiten los padres, o incluso la suerte de haber tenido un mejor profesor, no son mérito de quien los posee, sino fruto del azar, razón por la cual no es justo que de esos atributos azarosos se deriven las ventajas que dan como resultado una sociedad desigual.

Por ello, inevitablemente, el discurso y el proyecto político de izquierda, que empieza por defender la igualdad en la partida, termina por abogar por la igualdad de resultado.

La izquierda, y aquí está el núcleo de la diferencia valórico/cultural con nosotros, no cree en el mérito personal o al menos no está dispuesta a tolerar sus efectos. Es más, no logra evitar un dejo de reproche

por todo aquel que tiene éxito, puesto que para ellos se trata siempre de alguien que, de una forma u otra, ha sido injustamente privilegiado.

La justicia sólo se alcanza mediante la imposición de la igualdad y como el único que tiene poder para imponer, con pretensión de legitimidad, esa igualdad es el Estado, éste debe crecer y fortalecerse.

Este es el ADN del proyecto político de izquierda, lo ha defendido siempre, es coherente con los principios que enarbolan sus partidos, las propuestas que plantean en las elecciones y las medidas que impulsan cuando gobiernan.

Cuando se trata de ofrecer igualdad su credibilidad, por lo tanto, es insuperable, así como también lo es aquello que se está dispuesto a ofrecer en una campaña y hacer para avanzar en esa dirección, cuando tienen el poder.

Nosotros, en cambio, creemos y hemos defendido siempre la libertad, basamos, en consecuencia, nuestra concepción de lo justo en la efectiva creencia en el mérito personal.

Nuestra concepción de la justicia, al contrario que la de la izquierda, se asienta en que el medio no es un factor insalvable, que las personas son capaces de forjar su destino gracias a su propio carácter. Razón por la cual imponer la igualdad como principio general es la peor de las injusticias.

Nuestro proyecto político, por lo tanto, se construye sobre la base de conceptos como el mérito, el esfuerzo individual, la responsabilidad, la movilidad social, el emprendimiento. Todos bienes que valoramos y defendemos y que, necesariamente, conducen a una sociedad con ciertos niveles de desigualdad.

Pero, además, el proyecto de la UDI, entre otros atributos, es mucho más capaz de generar riqueza, tiene más valoración por la eficiencia y no funda en el Estado el centro de gravedad de la sociedad, ni el elemento fundamental para el progreso de las personas.

Hay ciertos ámbitos de la vida en que la mayoría de las personas naturalmente adhieren a nuestra forma de pensar. El ejemplo más claro es el de la persecución penal.

Como la izquierda cree que las personas están determinadas por su entorno, ve al delincuente como una víctima de sus circunstancias y, en consecuencia, para ellos las penas altas son injustas. Es más, muchas veces ven en la pena una forma de revictimización del delincuente.

Pero la mayoría de las personas sienten que el delincuente lo es porque quiso, nadie lo obligó, y apoya la “mano dura”. En esta dimensión la visión de la izquierda tiene consecuencias y una expresión práctica que es minoritaria.

Ahora bien ¿Qué ha pasado en Chile, qué es lo que ha cambiado?

Un primer cambio es que alcanzamos un nivel de desarrollo en que la clase socio económica predominante es la clase media y no los pobres, que hoy día son menos del 20 por ciento. Se trata de una clase media que tiene ingresos, educación y acceso a la información de un nivel inédito en nuestra historia.

Esta clase media plantea demandas cualitativamente muy diferentes, sus demandas, como decía hace unos momentos atrás, ya no tienen que ver con la subsistencia, no pide ni se conforma únicamente con el acceso a bienes públicos, sino que demanda calidad en esos bienes.

Un segundo cambio es que en los últimos años se produjo un avance enorme de la identificación de la igualdad como la medida de lo justo.

Esto ha seguido una secuencia bastante evidente: primero la izquierda puso el acento en la desigualdad como algo “escandaloso”, intolerable, intrínsecamente injusto y escuchamos frases como: “No puede ser que el 1 por ciento más rico gane x veces más que el 20 por ciento más pobre”.

Una vez instalado ese punto, avanzaron a que por esta diferencia en los ingresos, en que muy pocos ganan mucho y muchos ganan muy poco, se genera una enorme diferencia de poder, razón por la cual esta es una sociedad en que hay mucho abuso.

De la desigualdad, como concepto instalado, pasamos al abuso, como una consecuencia y como un nuevo concepto instalado.

Y ¿qué es lo que genera esta diferencia en los ingresos y por ende los abusos? El lucro. Hoy estamos en un país en que el lucro está demonizado, no sólo en la educación, en Chile hoy hacen noticia, con un sesgo muy evidente, las ganancias de las isapres, de la banca, de las AFP.

La gratuidad en la educación es el corolario obvio de que en la educación el lucro es ilegítimo. Luego se avanzó a que los colegios particulares subvencionados no pueden lucrar tampoco. ¿Y qué es la AFP estatal, sino el primer paso para avanzar en que el lucro en la seguridad social también es ilegítimo?

Vivimos una época en que el triunfo de la igualdad como criterio que define la justicia es tan arrollador que, por ejemplo, la causa de la defensa del matrimonio entre personas del mismo sexo, que partió como la defensa del matrimonio homosexual, hoy lo es del matrimonio igualitario. Ya no se trata de reivindicar un derecho, sino de reivindicar una igualdad, en este caso con los heterosexuales.

El tercer cambio es que, en los hechos, se produjo una capitulación de la derecha en la defensa de la legitimidad de su acción política en el período de la dictadura militar. Uso la expresión dictadura para marcar intencionalmente el sentido de mi visión en este punto.

Este cambio, que por formar parte de la interpretación predominante de una época de nuestra historia también lo incluyo en la dimensión cultural, es especialmente grave para la UDI, puesto que somos nosotros a quienes el país reconoce como el principal sustento político del gobierno de Pinochet.

La fuerza de la figura del Presidente de la República es tan incontrarrestable, que lo hecho por el Presidente Piñera en el mes de Septiembre es una verdadera confesión de parte, por lo tanto para la izquierda se produjo el relevo de la obligación de presentar prueba sobre este punto.

Pero el tema se planteó en una forma que resulta completamente equívoca e injusta, porque aquí no está en cuestión ni la naturaleza que tuvo el gobierno militar, ni los atropellos que se cometieron en él.

Muchos de ustedes, tuvieron la ocasión de conversar con Jaime Guzmán sobre estos temas y saben que no hay ninguna novedad en muchas de las cosas que se dicen hoy.

Pero el punto relevante es otro: es si la opción política que asumió la derecha entonces, opción que asumieron personalmente y vivieron muchos de los que hoy están en esta sala, fue una opción legítima o merece ser ahora objeto de un reproche ético.

Expresiones como la de los cómplices pasivos, o el procedimiento, contexto y oportunidad en que se cerró el penal cordillera, hacen que el contenido político, la atribución de sentido simbólico de esas acciones sea entendido por el país como un juicio negativo sobre el rol político de la derecha en ese tiempo.

Esto a mí me parece equivocado, injusto y una manera muy superficial de aproximarse al tema. Si me preguntan, en abstracto, si estoy de acuerdo con el cierre de ese penal, mi respuesta sería afirmativa. Pero esa acción, en ese contexto, implicó un juicio político de nuestra historia, con un sentido muy claro, y en eso no puedo estar de acuerdo.

Este es, en pocas palabras, la esencia de lo que considero el retroceso y la derrota cultural.

La derrota política que se produce como consecuencia es evidente. Nuestra historia, nuestra declaración de principios, lo que representó y defendió nuestro fundador e inspirador, los valores que en su vida privada profesan nuestros dirigentes, no son competitivos en una sociedad que asume la igualdad como el gran parámetro al que se debe ceñir el orden social justo.

Esta derrota política debilitó aún más las posiciones de aquellos que desde siempre estuvieron mucho más en el borde, la diáspora que hoy se ve en Renovación Nacional tiene buena parte de su fundamento también aquí. Aunque no exclusivamente, como es obvio.

Como ustedes comprenderán, mi opinión es que si nosotros buscamos recuperar competitividad política, y sintonizar con las demandas ciudadanas, abriéndonos a asumir también la igualdad como

parte de nuestro ideario político, aunque solo fuera acotada a algunas dimensiones, sólo lograremos validar aún más un medioambiente en el que no tenemos ni siquiera opción de sobrevivir.

Esta es la razón por la que creo que también tiene rasgos y efectos autodestructivos el que la derecha se sume al discurso contra los abusos empresariales y las medidas que buscan combatirlo dando más poder al Estado; o que se sume al ataque al lucro en la educación; o al financiamiento compartido y a aquellas propuestas que limitan la libertad de enseñanza.

Ello porque en política, las acciones y las posiciones, tienen un contenido simbólico que, muchas veces, aunque no sean racionalmente evidentes para la gente, sí van estableciendo lógicas que tienen efectos políticos muy concretos y prácticos.

Como toda derrota, esta que acabamos de sufrir, no se explica en una sola causa, no está acotada a motivos únicamente electorales, no se debe sólo a que Bachelet era una candidata muy fuerte y a que nosotros tuvimos un proceso tremendamente desafortunado, o a que no presentamos la mejor plantilla parlamentaria que pudimos haber presentado.

Esta derrota tiene un componente cultural y político de largo plazo, que se explica porque la sociedad chilena se movió hacia la validación de conceptos que están en un territorio al que nosotros no podemos movernos sin debilitar aún más nuestra capacidad de competir.

Créanme que si hay alguien que tiene sensibilidad por el marketing, las comunicaciones y lo electoral soy yo. La sola idea de pensar que se puede ganar una elección, o hacer política partidaria eficazmente promoviendo ideas, conceptos abstractos, partiendo por las ideas en las que yo creo fervientemente como la libertad o el mérito, me resulta sencillamente delirante.

Pero déjenme decirles que no logro entender por qué se puede sostener que es un error intentar hacer política defendiendo las ideas nuestras, porque eso nos conduce a ser un partido testimonial; pero sí podríamos hacer política asumiendo las ideas de nuestros adversarios. O más incomprensible todavía, que tomando algunas de ellas podríamos crecer e incluso ganar.

La pregunta relevante de responder para mí es qué tenemos que hacer para volver a dar la batalla cultural, política y electoral.

En la dimensión cultural sencillamente no podemos renunciar a un milímetro a nuestra convicción en los valores cuya aplicación conduce a una sociedad más justa, de acuerdo a nuestra visión más profunda de lo justo.



Aquí no podemos hacer concesiones, y si la mayoría de la sociedad se ha alejado de todo lo que expresan y simbolizan estos valores la pregunta no es cómo nos movemos nosotros hacia donde está la gente, sino que la pregunta es qué hacemos para lograr que la gente vuelva a donde estamos nosotros.

Por graficarlo de alguna manera si tenemos que optar entre los dos conceptos que utilizamos recientemente: el del “centro social” y el de un “Chile más justo”, no tengo duda en inclinarme por este último, por las siguientes razones:

Primero, porque es una manera explícita de contraponer la igualdad con la justicia. De forma que tomamos una posición en que por principio no concedemos que la igualdad es sinónimo de lo justo.

Segundo, porque desde ahí nos paramos con una pretensión de legitimidad contrapuesta y éticamente equivalente a la que pretende la izquierda.

Tercero, porque nos permite buscar ejemplos prácticos de propuestas y políticas públicas en que validamos el mérito como un factor que permite mostrar que la imposición de la igualdad es injusta e ineficiente.

Cuarto, porque nos puede permitir trabajar sobre nuestra declaración de principios, vale decir sobre el núcleo de nuestro proyecto político, actualizándolo sin necesidad de renegar de nada de sus elementos originales.

Y, Quinto, porque nos abre un canal para conectarnos hacia otras dimensiones del pensamiento que va más allá de la economía. Si en algo estoy convencido que tenemos que cambiar en este ámbito, es que no podemos seguir fundando toda la legitimidad de nuestro proyecto en la eficiencia. En el nivel de desarrollo de nuestra sociedad el criterio utilitarista se queda corto.

Pero todas estas razones se sustentan sobre la base de plantear un proyecto de justicia que se exprese a través de símbolos coherentes con nuestro ideario, que contraste y compita con el de nuestros adversarios.

Yo entendería como un grave error el darle a nuestro proyecto para un Chile más justo un contenido que incorpore y valide el criterio igualitarista de la izquierda, por todas las razones que he expresado antes.

Si un Chile más justo es una forma de pelearle a la izquierda con una alternativa, bienvenido sea. Por el contrario si es una capitulación valórica más, no podría estar más en desacuerdo.

¿Qué hacer en materia electoral para sintonizar con el Chile de hoy?

Pienso que nadie sabe mejor que ustedes que la política, tiene un sustento conceptual indispensable, en su expresión concreta es una disciplina eminentemente práctica, en que priman los atributos

del carácter por sobre los intelectuales. Por decirlo de una manera brutal, el conocimiento se puede contratar, pero el liderazgo no.

Lo que hace a un buen político y, por ende a un buen candidato, son virtudes como la honestidad, la valentía, la capacidad de trabajo, la prudencia y la humildad. Ceo que es un error pensar que vamos a sintonizar con el nuevo Chile cambiando lo que pensamos y por ende el sentido político de lo que decimos o proponemos.

El camino para sintonizar es volver a poner mucha energía en que la UDI sea un partido con niveles de capacidad de trabajo, de seriedad, de profesionalismo, que nos distinga nítidamente del resto de los políticos y su desprestigio.

En mi opinión lo que hizo que se reconociera a la UDI como un partido con verdadero arraigo en el mundo popular fue la decisión de trabajar efectivamente en ese mundo, ir a las poblaciones, compartir la vida de las personas, sus problemas y anhelos. La UDI estaba donde tenía que estar. Pero la política se ha farandulizado, y tenemos que huir de ahí.

El cambio al voto voluntario implica un giro copernicano en la manera de hacer política. Hoy el conocimiento personal, las redes locales, la segmentación de los temas, el predominio de los mensajes locales, el mayor escrutinio de la vida privada de los políticos y el énfasis en la capacidad de movilizar a los propios adherentes son factores que han cobrado una importancia enorme y que solo va a aumentar.

En esta dimensión sí que creo que tenemos que cambiar y mucho. Tenemos que hacer de nuestra acción política local algo mucho más metódico, sistemático y con planificaciones de largo plazo.

El voto obligatorio era el mundo de los candidatos con alta aprobación, el voto voluntario es el mundo de los candidatos con alta adhesión. La importancia y el uso de los medios de comunicación se han relativizado, en términos cualitativos.

En todo tiempo y lugar los liderazgos de derecha no han sido liderazgos ideológicos, sino liderazgos eminentemente personales. Ello porque nuestro sustento conceptual se basa en ideas que tienen mucho más elementos contra intuitivos que los de la izquierda y porque nuestro elector es naturalmente un elector menos politizado que el de la izquierda.

La tarea para un partido como el nuestro impone desafíos de trabajo, coherencia e integridad muy superior a la de nuestros adversarios, ya que nosotros construimos valor de marca en mucha mayor proporción sobre atributos personales y no sobre discursos ideológicos.

Esta es una realidad que debemos asumir con total independencia de si Chile cambió o no, siendo un imperativo irremplazable por ningún cambio de discurso o de posición ideológica.

Es más, si tenemos que asumir todos estos cambios que se mencionan como una realidad, entonces el foco en esta dimensión debe redoblar aún más. En definitiva, mi visión es que en la dimensión superior de la política tenemos una identidad que nos define en lo que somos y en aquello que no existe margen de cambio, sin entrar en una dinámica que nos llevará primero a la irrelevancia y luego a la disolución.

En el marco que nos fijan esos valores, hoy creo perfectamente válido trabajar en nuestro proyecto político, actualizándolo, para movernos hacia delante, no hacia el lado, de manera que aquello que constituye los fines y los medios de nuestro ideal de sociedad se ajuste a los desafíos concretos de un país que está a las puertas del desarrollo.

Y, por último, actuando de manera coherente con los dos niveles anteriores, en el trabajo político electoral hay un amplio campo abierto a la creatividad para innovar, renovar nuestro discurso, nuestros rostros, la manera de trabajar y sintonizar con el Chile de hoy.

Si alguna de estas ideas, puede contribuir a que ustedes, que son los dirigentes que conducen la UDI, puedan tomar mejores decisiones me sentiré realmente muy contento y, como siempre, cuenten con la voluntad de colaborarles en todo aquello que mis modestas capacidades me permitan. Muchas gracias.